

nos dio? O vivimos en el centro de un período mustio, que sólo conquista para el futuro contadas unidades de alto renombre, que den lustre al fuero que nos corresponde conservar? Habremos desviado la ruta por donde íbamos al porvenir, entregando los blasones del espíritu para saciar el hambre material?

Yo sólo contesto que Carrasquilla se perfila ahora como uno de los últimos baluartes de una etapa que decrece; que el pueblo no puede pasar en silencio lo que significa esta vida múltiple para su gloria y su poder; que no es posible aventar a la fosa común aquel acopio de virtudes y merecimientos; que tanta enseñanza vertida, que tanto altruismo tributado, que toda aquella oblación rendida a su raza no puede pasar sin prosternarle siquiera la reverencia del dolor. Si el pueblo es verdaderamente grande, si ha brotado de sus raíces un hombre de este temple, aquél debe cumplir con la obligación de su grandeza entregando a la contemplación de la historia su hijo dilecto para que viva en la inmortalidad.

MONS. CARRASQUILLA

El servicio telegráfico de *El Comercio* da cuenta de que ayer falleció en Bogotá el canónigo doctor Rafael María Carrasquilla.

Varón de amplísima cultura, el doctor Carrasquilla había alcanzado nombradía continental como orador y escritor. Vino a Lima como invitado de honor cuando la conmemoración del centenario de la batalla de Ayacucho, en diciembre de 1924. En esa oportunidad, con motivo de la inauguración del Panteón de los Próceres, pronunció la oración fúnebre, la que mereció elogios por su estilo galano y la profundidad del pensamiento.

Nació en Bogotá y era hijo de don Ricardo, director del colegio Liceo de la Infancia, en el que se educó, dán-

dose a conocer por muchos artículos publicados en diversos periódicos de Bogotá. Dotado de claro talento, de sentimientos profundamente religiosos y de ardiente celo por mantener incólume la religión de sus mayores, renunció al mundo y vistió las hábitos sacerdotales, ingresando en el seminario en 1881, y ordenándose de presbítero en 1883. Al año siguiente obtuvo el cargo de prefecto general de estudios y el de vicerrector del seminario general de estudios de 1886 a 1888, siendo además párroco del pueblo de Hatoviejo. Durante la presidencia de Caro desempeñó la cartera de instrucción pública y fue párroco del barrio de la Catedral, canónigo de la catedral basílica desde 1899 y rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario desde 1890.

Era académico de número de la colombiana de la lengua y correspondiente de la española. En 1904 por privilegio pontificio recibió el diploma de doctor en teología. Como orador sagrado ha sobresalido por su lenguaje clásicamente castizo, por su método claro y preciso en el desarrollo del discurso, inspirado siempre en los Evangelios y en la alta teología tomística, y por su dialéctica siempre convincente, al par que amena y atractiva.

Sus numerosos trabajos sobre moral, crítica y biografía se han publicado en el *Papel Periódico Ilustrado* y en el *Repertorio Colombiano*, así como el trabajo que presentó para su recepción en la Academia Colombiana sobre la poesía mística en general y sobre la madre Francisca Josefa del Castillo, obras de gran valor literario. Entre sus demás libros publicados mencionaremos: Vida de Pío IX (Bogotá, 1878), Biografía del general José María Ortega (Bogotá, 1886), Carta de don Pedro Fernández Madrid (Bogotá, 1886), El Ilustrísimo señor doctor Bernardo Herrera Restrepo, obispo de Medellín (Bogotá, 1888), Oración fúnebre del Ilustrísimo señor José Telésforo Paúl, Arzobispo de Bogotá (Bogotá, 1889), pronunciada en la

iglesia metropolitana; Revolución en la instrucción pública superior (Bogotá, 1892), Constituciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (Bogotá, 1893), Apuntes sobre literatura (Bogotá, 1894), La emancipación de América ante la moral católica, obra en la que comentando la novela Gigantes del doctor Felipe Pérez, reconoce que España trajo a sus colonias una «civilización fructuosa para aquellos tiempos» y gobernadores como Ezpeleta, al que tanto debe Colombia, y cuya administración será siempre un timbre de gloria para el gobierno de la metrópoli que lo envió; Ensayo sobre la doctrina liberal, Lo nuevo y lo viejo en la enseñanza, y algunos otros trabajos de no menor importancia.

CONFERENCIA DEL DOCTOR SAAVEDRA
GALINDO EN HONOR DE MONSEÑOR
RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

(Marzo 22 de 1930)

Jóvenes estudiantes:

Pensad en que os hablo bajo el peso de uno de los dolores definitivos de mi vida: la muerte de mi ilustre y amado maestro, del esclarecido Rector del Colegio del Rosario, que me entregó mi diploma de doctor en jurisprudencia, y que formó en su molde único en la patria colombiana, mi sér moral. Excusadme el desorden de mis ideas. El golpe ha sido tan rudo, que no he podido concentrarlas y ordenarlas, cual lo requiere el varón egregio, en cuya memoria voy a ocuparme.

Debo a vuestro distinguido Rector, el doctor Mario Carvajal, el señalado honor de expresaros a vosotros de viva voz lo que sólo quería yo escribir en la penumbra de mi escritorio, con el silencio de la pluma, para algún día de la ciudad.

Caracterizado discípulo de Monseñor Carrasquilla,